

# 1682. - Búsqueda de tesoros escondidos en sa Cova d'En Jaume "Orat"

JOAN MARI CARDONA  
Canónigo archivero

*Con un recuerdo inolvidable de aquel soleado 17 de noviembre de 1973, cuando bajo la experta guía de Josep «Casetes», y en compañía de Mn. Antoni Costa, de Antoni «Gorras», narrador sin par de divertidas anécdotas, y de Josep-Maria Pérez Juan, pude recorrer los senderos que siglos atrás recorrieran Antoni «Gibert» para llegar a sa Cova d'En Jaume «Orat».*

## A) ANTECEDENTES<sup>1</sup>

¿Quién no ha oído contar historias mil sobre tesoros escondidos, buscados afanosamente en tiempos pasados, muchas veces con los más extraños medios? También estos hechos forman parte de nuestra historia, y de ellos dan cuenta no pocos procesos inéditos del Tribunal de la Inquisición.

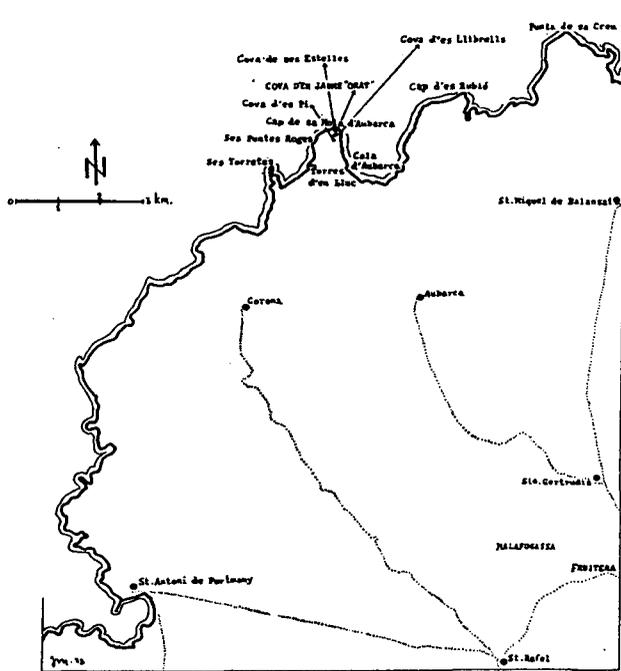
Hacia 1660 llegó a Ibiza un aventurero siciliano, por nombre Sebastián Belloto, tejedor de oficio, de errante vida hasta el punto de no pasar dos días en el mismo sitio, excepción hecha de Ca n'Antoni Torres «Gibert» de Malafogassa, con cuyo dueño le unió desde el principio una singular afinidad y amistad. Apenas llegado, todo el mundo le llamaba s'Aiguader, por las propiedades especiales que poseía para detectar agua y cualquier cosa oculta en las entrañas de la tierra, especialmente tesoros, según sus propias afirmaciones que no se cansaba de repetir.

Sucedió casualmente que en la hacienda de Antoni Serra «Talec», contigua a la de Antoni «Gibert», fueron descubiertas dos tumbas cuando estaban arando un campo. Allí fue corriendo el siciliano, no podía por menos, y examinados detenidamente los dos esqueletos humanos que contenían, aseguró *ex cátedra* que correspondían a un tal Sansón y a su esposa Persia, de tiempos muy remotos, y que antes de morir habían escondido sus incalculables riquezas en algún punto de esta isla de Ibiza. Sólo quedaba un pequeño obstáculo que vencer para poderlas encontrar: había que deshacer un encantamiento para que las calaveras de Sansón y de Persia dijeran en donde estaban sus tesoros. La riqueza estaba pues al alcance de la mano. Pero de pronto sucedió lo inesperado, al interponerse un maligno espíritu llamado Petito que se oponía tenazmente a que dichas calaveras «cantasen».

Las raras y a veces macabras ceremonias de Belloto se prolongaron meses y meses para vencer a Petito: toda clase de oraciones, gesticulaciones indescriptibles, luces con velas de azufre y cera virgen, increpaciones a las calaveras debajo de un cobertizo a altas horas de la noche... Y todo en vano.

Pero Belloto no era de los que fácilmente dan su brazo a torcer. Y tuvo entonces la luminosa idea de ir una noche a una cueva de Fruitera, en la que sospechaba podían encontrarse los tesoros, imaginando que tal vez

18 (190)



Petito estaría desprevenido. Acompañado de algunos incondicionales, entre los que no podía faltar, naturalmente, Antoni «Gibert», fue hacia allá con grandes esperanzas de lograr su cometido, aunque a la hora de entrar en la cueva le cogió un raro temblor, que muy bien podía ser la señal de que Petito estaba también allí. Se tomaron las necesarias precauciones, y así mandó a sus acompañantes que le ataran una larga cuerda por la cintura y se quedasen fuera aguantando el extremo opuesto. No podía olvidar Belloto que en Malafogassa, por parte de Petito, se había abierto una vez la tierra para tragarle vivo, y así por lo menos podrían sacarle, muerto o vivo, si en el interior de la cueva de Fruitera sucedía algo desagradable con el espíritu enemigo.

Y rezando sus oraciones, alumbrado por la luz de unas velas que él mismo se había fabricado, empezó a entrar en la cueva. Largo rato de expectación, de incertidumbre, y al final... ¡Plum!... una grandísima explo-

sión en lo más profundo de la cueva. Petit estaba allí y tampoco ahora había podido ser vencido por los exorcismos sicilianos. Desde fuera lo pudieron sacar tirando de la cuerda, y al llegar a la superficie aparecía chamuscado y medio muerto.

La cosa no iba por buenos derroteros, estaba claro, y por ello era necesario emprender otros rumbos. El siciliano se detuvo a recapacitar unos días, transcurridos los cuales aseguró que Fátima había escondido sus tesoros en Corona, Barca en sa Casa Llarga d'Aubarca, y otros muchos en diversos puntos de Ibiza, todo ello en tiempos en que habitaban Ibiza los gentiles y los moros.

Si mala había sido su fortuna hasta el presente, peor era todavía lo que le aguardaba. El Santo Oficio tuvo noticia de sus acciones, que juzgó contrarias a la fe, y procedió inmediatamente contra él en un larguísimo, detallado y curioso proceso. Los Inquisidores de Mallorca e islas adyacentes ordenaron al Comisario de aquí que se lo mandara bien asegurado con grillos, para quedar confinado en Mallorca y desterrado a perpetuidad de Ibiza. Se le aplicaron diversas penas medicinales, entre ellas unas tandas de azotes, ya que al parecer se ha creído desde muy antiguo que ésta era la mejor medicina para ciertas enfermedades, y los Inquisidores compartían esta opinión.

#### B) SA COVA D'EN JAUME «ORAT»<sup>2</sup>

Sebastián Belloto jamás pudo volver a Ibiza, pero la semilla de sus artes y la fiebre por la búsqueda de tesoros escondidos quedó aquí bien arraigada. Es cierto que muchos, juzgando que sus gesticulaciones y actos acompañados de raras oraciones eran contrarias a la fe, también algo ridículas por otra parte, dejaron de creer en las doctrinas de s'Aiguader. Pero no faltaron quienes le siguieron largo tiempo a pies juntillas. Uno de estos fue su gran amigo Antoni «Gibert» de Malafogassa. ¡Cuántas cosas no habría aprendido en las muchas ocasiones que le había dado cobijo en su casa! Y todo no podía ser en balde.

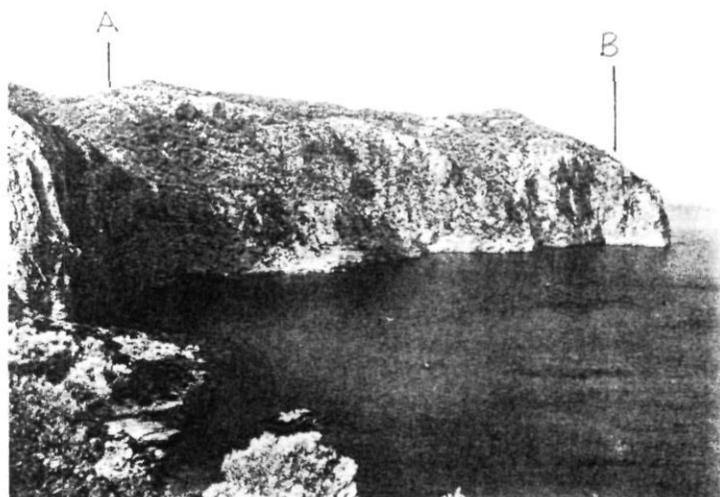
Antoni «Gibert» estaba dispuesto a hacerse rico por la vía rápida, siguiendo las enseñanzas del tejedor de Sicilia, descubriendo por lo menos alguno de los muchísimos tesoros que le había asegurado que estaban ocultos bajo tierra ibicenca. Y a pesar de sus trabajos, tenía que contentarse con seguir viviendo pobremente en su hacienda. No se resignaba.

Unos 20 años habían pasado desde que Belloto había tenido que dejar Ibiza por mandato del Santo Oficio, cuando «Gibert» se decidió a emprender una costosa empresa, jugándose ya todo a una sola carta: descubrir una misteriosa cueva en es Cap de sa Mola d'Aubarca, llamada d'en Jaume «Orat», cerrada herméticamente con una descomunal losa en la que había quedado como señal la huella de los cinco dedos de una mano humana. Su interior estaba repleto de tesoros. Doctrina de Belloto.

Y un buen día, cuando Xicu Bonet, de sa Noguera (lugar éste colindante con sa Mola d'Aubarca) regresaba de la villa, «Gibert» le salió al encuentro para ofrecerle una participación del cincuenta por ciento de los tesoros que iban a encontrar, si le ayudaba a localizar sa Cova d'En Jaume «Orat» y quería trabajar con él. Dicho y hecho.

Pocos días después, al anochecer como es natural, los dos hombres se dirigían caminando pesadamente a través de los abruptos lugares de es Cap d'Aubarca, iluminados tan sólo por la firme esperanza de que al regreso

Antoni «Gibert» hubo de buscarse nuevos socios: la gran carga que ahora llevaban de picos, espuelas y alimentos, se habría convertido en un indecible tesoro. Larga búsqueda de las huellas de una mano de hombre. Feliz hallazgo después. Y empiezan ya los descomuna-



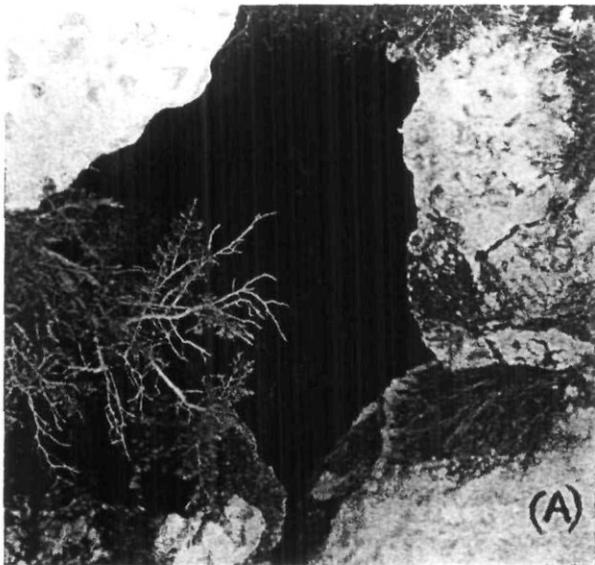
Cap de sa Mola d'Aubarca. A, Torres d'En Lluc; B, Cova d'En Jaume «Orat».



Torres d'En Lluc.

Es Cap d'es Rubió visto desde sa Cova d'En Jaume «Orat». Al fondo, sa Punta de sa Creu.





Cova d'En Jaume «Orat». A, entrada; B, interior.

les esfuerzos para descuartizar la enorme piedra que impedía la entrada. Y luego afanoso cavar de tierra en el interior de la espaciosa cueva. Pronto fueron apareciendo gran cantidad de caracoles muertos y restos de aves, signo inequívoco —según «Gibert»— de que todo aquello había sido abandonado allí por unas doscientas personas que en siglos anteriores habían tenido que refugiarse en aquella cueva, en la que después habían escondido todos sus tesoros. Así se lo había indicado el siciliano.

Iban pasando los días... los meses. El trabajo era cada vez más duro, y los tesoros no aparecían. Xicu Bonet regresó a sa Noguera para trabajar sus campos, que era tiempo de sementera, y sin duda sus esperanzas en el hallazgo habían sido gravemente vulneradas por la realidad.

primero fue Antoni Tur «Casals», de Balansat, luego Pere Orvay «Rafalàs», de ses Salines, después Antoni Cardona «Ric», de Portmany, y siguieron otros muchos de los más diversos lugares, de Corona y de Aubarca

sobre todo. Se fueron abriendo galerías y más galerías con el ávido deseo de encontrar los mayores tesoros, se removieron toneladas y toneladas de tierras... Pero, al fin, pasado casi un año de trabajos infructuosos, fue cundiendo el desánimo, hasta tal punto que «Gibert» ya apenas sabía a quién acudir para que secundara su invitación al trabajo.

Y fue justamente en esta ocasión cuando el Santo Oficio tomó cartas en el asunto. ¿Chivatazo? Sin duda. El llamado Santo Tribunal tenía especial interés en comprobar la hilación que pudiera existir entre los trabajos de sa Cova d'En Jaume «Orat» y los que antaño realizara el siciliano Belloto.

Todos los que habían acudido a trabajar con Antoni «Gibert» hubieron de bajar a la villa para declarar como testigos ante el Comisario, sobre lo que habían visto hacer y rezar a «Gibert». Ninguno, sin embargo, le acusó de ceremonias raras o cosas contrarias a la fe, sólo habían visto que rezaba el rosario, que no comía sobrasada los días prohibidos, que leía en un libro que contenía vidas de santos y milagros, que llevaba un papel manuscrito con la lentanía de la Virgen. Todo perfectamente ortodoxo.

No quedan noticias sobre la sentencia que el Tribunal dictó contra «Gibert», si es que la dictó. Probablemente se contentaron con decirle que se dejara de tonterías y volviera a sus tierras para vivir sin ambiciones de riquezas, con el sudor de su frente, en Malafogassa.

### C) HOY

La cueva que entonces se llamaba d'En Jaume «Orat», ahora se llama d'en Jaume «Morat», leve deformación de nombre que no debe extrañar. Es de grandes proporciones, y su acceso no es demasiado fácil por hallarse en la pendiente que lleva al acantilado sobre el mar. En su interior se conservan los grandes montones de tierra que removieron Antonio «Gibert» y sus compañeros que removieron Antoni «Gibert» y sus compañeras.

Y en sus alrededores no faltan tampoco los lentiscos ni algún que otro corpulento pino, que eran ya en 1682 las señas que daba «Gibert» a los que iban por primera vez para que pudieran encontrar la cueva. Algunas rocas presentan grietas superficiales muy parecidas a las que pudiera haber señalado una mano humana.

En las cercanías de esta cueva se hallan otras de menores proporciones, sobre las cuales, de momento, no quedan antecedentes históricos.

Se ha conservado también el nombre de ses Puntes Roges, sobre las que debían pasar con una caña al hombro, simulando que iban de pesca, a fin de despistar a los posibles ojos envidiosos y traidores que en todo caso podían denunciarles al Tribunal de la Inquisición.

Y también por aquellos solitarios y bravos parajes quedan las ruinas de ses Torres d'En Lluc, imponente fortaleza de algún tiempo —Dios sabe cuándo— que miraba hacia sa Punta de ses Torretes y podía comunicar con señales de humo o de fuego con sa Talaia de sa Cala d'Aubarca.

En resumen, una excursión algo difícil, sí; horas y horas de caminar a trancas y barrancas. Pero al fin todo lo compensa el poder llegar a un punto que constituye una partícula de nuestra historia, de nuestra vida, y relajar desde allí el espíritu en la contemplación de unos panoramas indescriptibles por su grandiosidad, únicos en Ibiza.

JOAN MARÍ CARDONA

### NOTAS

1. A.H.P.I. Sec. Santo Oficio. C-26,13.
2. » » » C-31,1.